

Recordando al músico Cotapos



Escribe
**HERNAN RODRIGUEZ
VILLEGAS**

ESCRIBIR una biografía de Acario Cotapos parece una tarea imposible, ya que cada uno de los amigos que dejó a través del mundo puede agregar páginas innumerables e insólitas, como algunos que dudan de su existencia real y piensan que más pudo asemejarse a un duende o a un ángel.

Acario Cotapos, Premio Nacional de Música, nació en el barrio de Los Canelos de Valdivia, a orillas del Calle Calle, en 1884. Su abuelo y homónimo, diputado por la zona, tenía activos aserraderos en los húmedos bosques de la región, atendidos por su hijo Nemorino. Este era imaginativo, vivaz y lleno de humor, mientras su esposa, Rosa Baeza Yávar, era dramática, romántica y fantasiosa. Ambos inculcaron a Acario y a sus hermanos Arturo, Cora y Bebe la afición a las artes y a la palabra: inagotables contadores de historias, crearon un léxico propio que los hijos ampliaron.

Las maderas trajeron a don Nemorino a la capital, donde, por vinculaciones de familia —su cuñado era don Orozimbo Barboza—, estuvo muy próximo al gobierno de Balmaceda. La Revolución del 91 arrasó con su casa de calle Agustinas con Ahumada. Mientras el jefe del hogar se escondía en un baúl, y su mujer e hijos asistían al saqueo de sus bienes. Nunca olvidó Acario el lanzamiento del piano desde el segundo piso a la calle y sus dramáticos acordes surgieron, años más tarde, en su obra "Balmaceda".

El exilio fue una novela: arrancaron disfrazados en el velero John Elder que naufragó de noche frente a Constitución. Debieron sobornar a los guardias para seguir —en mula— a la Argentina. Allí los Cotapos y los nueve hermanos Baeza Yávar —incluida doña Cora, viuda trágica del general Barboza— vivieron de la imaginación de don Nemorino, quien, con unas libras de oro y golpes y de suerte en la Bolsa de Buenos Aires, fue pronto un próspero estanciero en Lomas de Zamora. Volvieron a Santiago en 1902, instalándose en una gran casa de patios en la segunda cuadra de Arturo

Prat, donde hubo salón abierto para la parentela y los amigos. Don Nemorino aumentó su fortuna trabajando la primera fábrica de vidrios planos de la capital y fue pionero del automovilismo manejando con exuberancia un Dion-Bouton de dos cilindros. Acario egresó de los jesuitas y fue matriculado en la escuela de Derecho: al cabo de dos años se descubrió que jamás había pisado sus aulas. Su vocación estaba ya en la música y llenaba la casa con los sonos de su fagot, con "voces de vaca profunda", al decir de sus hermanos. Se hizo asiduo a las tertulias musicales de los García Guerrero y de Luis Arrieta, pasando noches enteras en el Parque Cousiño discutiendo acaloradamente sobre Debussy, Ravel o Stravinsky con Alfonso Leng, Carlos Lavín y Alberto García.

Hacia 1913 adhirió al grupo de los Diez. En agosto de ese año llegó con camisas y petacas a Millaray, la casa de Alberto Ried en Ñuñoa. Se quedó allí ocupando un pabellón del amplio jardín hasta finalizar el año 16.



Cotapos en París, visto por Camilo Mori. (1932)

La muerte del joven pintor Enrique Bertrix en las trincheras de la gran guerra lo llevó a repensar su vida. Necesitó nuevos horizontes, hizo sus maletas y se fue a Nueva York, iniciando un viaje que duró 24 años y fue fecundo en obras, amistades y anécdotas. Al regresar en 1940 Acario ya era todos sus personajes. "Redondo, pequeño, manual" cuenta Santiago del Campo. "Es tan abundante su galería de criaturas fingidas y tanta la propiedad con que se desborda y adentra en ellas que su rostro se confunde con los ajenos." Se disfraza; oficia ritos mágicos; cuenta historias que son obras de arte —la del jabalí cornúpeto hacía estallar de risa a García Lorca—; desarrolla, dicen, el don de la ubicuidad; hace alarde de una superstición fantástica y de una manía galopante contra los gérmenes; se constituye en un mito, en un sueño. En Caracas se funda un club presidido por Alejo Carpentier que se reúne esperando la aparición mágica de Acario; otro tanto cuentan de París y Nueva York. Mientras tanto, él vive en una azotea de un octavo piso en Santiago, Guayaquil 25, donde un armario cubierto por cortinas floreadas acumula partitura tras partitura y cientos de amigos se admiran una y otra vez de su creatividad fantástica. Pablo Neruda en su Oda a Acario Cotapos dice que "llega y sopla con su cuerno/ y nos congrega/ nos cuenta/ nos inventa/ nos miente/ nos revela/ nos ata de un hilo sabio a la sorpresa/ de su certera lengua fabulosa/ nos equivoca y cuando/ se va a apagar levanta/ la mano y cae y sigue/ la catarata insigne de su cuento". Luego de un accidente que lo dejó inmóvil, se le otorga el Premio Nacional en 1960, oportunidad en que sus amigos se felicitan de Acario, "ese que lleva un nombre con alas..."

Al morir en 1969, Neruda, que lo quiso entrañablemente y le regaló uno de sus pájaros —el Pájaro Corolario (Mimus Cotapus)—, dijo frente a su tumba: "Hoy entregamos a las sombras a un ser resplandeciente que nos regalaba una estrella cada día".

lo segundero stgo 12-XII-1983. P.L